

ct

Náufragos

de
Isabel Gonzalo

(fragmento)

Lágrimas de impotencia corrían por su rostro tras aquel golpe penetrante. Fue la noche en que todo se rompió en pedazos imposibles de recomponer. Fue el momento en el que los amedrentó una tormenta horrible. Fue el instante en el que aquel marco de fotos nunca volvió a lucirse en la vieja mesita, del viejo cuarto, de su antigua casa.

Nada es para siempre... dicen. Ni las horas, ni los minutos, ni siquiera la vida, tan frágil y vulnerable en ocasiones. Y es que ella era así, frágil como la existencia, bella como la naturaleza y dulce como el vicio. Él la amaba con locura, tanto que su ausencia lo convirtió en un loco, y la sociedad, en un náufrago.

La estabilidad del mundo en el que vivimos se encuentra en peligro. Un mundo aquejado de dolencias e injusticias, de golpes y adversidades...Un mundo que paulatinamente tiende a sufrir la deshumanización del propio hombre y de padecer sus peores cicatrices.

El mundo se siente sólo en medio de millones de personas. Habéis reparado en cuánto se parecen las palabras sociedad y soledad? Hemos contruído o deconstruído? Creadores de un Bienestar de consumo sin medida, de desprecio por los realmente necesitados, de envidia y odio hacia “si mismos”, de indiferencia y de vanidad. El mundo se ha vuelto tan superficial que exige una profunda reflexión acerca del sentido de nuestra existencia, de nuestro caminar.

Ha llegado el momento en el que el mundo, entendido como sociedad produce su propio padecimiento; un padecimiento que provoca aislamiento, ansiedad, confusión, inseguridad y miedo. Un padecimiento de momento invisible que todos podemos llegar a padecer, si no es que ya padecemos sus síntomas. Pensemos en qué nos puede salvar...

Reaccionemos, de lo contrario, nos convertiremos en náufragos sin remedio.

NÁUFRAGOS

Anochece. A través del telón la sombra de una palmera que oscila elegantemente a merced de la suave brisa. Se escucha el canto de un pájaro perdido. Una de sus plumas navega y se desvanece ahora sobre el aire quebrado que el silencio ha considerado oportuno. La luz se va tornando más fría. Suena un leve oleaje del mar.

EL SILENCIO

(aclara la voz). Hoy querido auditorio, os diré una gran verdad:

Correis el riesgo de convertirlos en náufragos.

Sí, náufragos de soledad y de mentiras, de falsa ambición y de un vicio que terquea vuestros espíritus. Sois víctimas de un mundo lleno de desgracias evitables e inevitables, de enfermedades y trastornos psicológicos, de intensa lucha, de irreversible pobreza y de mala voluntad. Gracias a vuestras desafortunadas obras, habéis llevado a cabo lo imaginable; la confusión entre vuestro mundo y el mío.

Lo sé por que cuando el manto oscuro del anochecer me acompaña hasta mi lecho vacío de amor observo casi inexorablemente, cómo os movéis, cómo os arrastráis hasta vuestra propia degradación. Pero... cómo advertiros de vuestro error si vuestra conciencia vive en un espacio-tiempo que no es el mío.

Os he visto caminar. Se diría que vuestros pasos son guiados por las huellas de otros pasos que os preceden, que navegáis por las mismas aguas que os han dado la vida y que os castigáis sin que nada os haya castigado. Ahora os veo amontonados, formando montículos de carne podre y teñida de azul, débiles para la supervivencia pero, muy irresistibles para todo tipo de desgracias. No obstante, os aferráis a la idea de la impotencia mientras las adversidades os nublan de vuestros quehaceres diarios. Porque vuestra vida no es más que una batalla; vuestro mal es atrevido y peligroso; la belleza, cautivadora pero escasa; la bondad tiende a ser débil, la locura suele mostrarse provocadora y la soledad con el paso del tiempo se ha convertido en vuestro mejor enemigo. Ojalá lo vuestro fuese una ilusión, un fantasma, o el agitado sueño de una noche.

Porque... En el fondo yo os comprendo, hijos del mar que tanto adoro. No podéis despertar... Porque si lo hiciérais, os convertiríais en polvo. Y en medio de cenizas y sombras vuestra vida, finalmente, me pertenecería.

Nada es nada si vosotros lo pensáis, pero algo me dice que convivís con vuestro enemigo porque ha llegado un punto en el que no podeis derrotarlo.

Para más inri, no lo tenéis como tal, lo habéis incorporado como un elemento irremediabilmente necesario para vuestra frágil y confusa supervivencia, algo así como una anestesia mortal, como una eutanasia consentida. Yo solo os pido que me devolváis algo que me pertenece, algo que por error o por negligencia, habéis cogido como vuestro.

No he dicho algo por nada, no he dicho nada por algo. Todos dicen que me cayo...Pero hoy no he tenido más remedio que desafiaros.

Ven a mí, mi amor...

Silencio, mar, soledad... Náufragos.

ACTO I
(La contemplación)

Isla desierta; una palmera, arena y mar; mucho mar. Hacia la derecha una puerta semienterrada en la arena. Sobre la misma pero en el lado opuesto, una televisión, un viejo sillón de piel gastado, una mininevera...Al fondo un sucio váter con su imprescindible accesorio que sujeta el papel higiénico.

Se escucha el nostálgico oleaje del mar. También el sonido que emite algún canal de televisión.

La semipenumbra contemplada, que enfoca tiernamente cada elemento de la escena, se vuelve ahora en un gris progresivamente más claro, casi mágico, que se concierne en iluminar al náufrago que impeturbable, mira fijamente al público.

(Náufrago realiza muecas extrañas con la cara, incluso se atrave a hacer “playback.” de la mujer que canta la melodía. Es un loco sin remedio...)

EL SILENCIO

Silencio!! (Cortante. Su voz sale de la nada.) Miradle, parece lo que es, un náufrago... (Rozando el desprecio.)

El náufrago, de infranqueable mirada, cambia de canal con la ayuda de un palo auxiliar que le sirve de mando a distancia.